

Sentado en la caba está;
El mismo tonel, y un vino
Suave por su flojedad.
El sacerdote que al pueblo
Dirige en lo espiritual;
Y aquella ciudad de Italia,
Patria de san Nicolas.
Cinco nombres, que equivalen
Con la mayor propiedad
A pellejo y á peñaseo,
Rostro, zaranda y altar.
Dos materias glutinosas
Que en los sobrescritos hay,
Y otra con que la madera
Se suele siempre pegar.
Aquello que por insignia
Lleva al hombro el colegial,
Y una faccion de la cara
Sin la cual no se hablará.
Cierta juego con figuras,
Y el ganso la principal;
Un mes de la primavera,
Y un humor acre y mordaz.
La pieza en que está la cama;
Cierta rayado animal,
Y lo que da la Cruzada
Al que veinte y un cuartos da.
Una santa fundadora;
Y una poblada ciudad,
Que rara vez se pronuncia
Sin el epíteto *gran*.
Un bajel bien conocido
De mucha capacidad,
Cierta rio de Aragon,
Y dos suertes de metal.
Un cúmulo grande de agua
Que va corriendo hasta el mar;
Un árbol duro, una fruta,
Y el mismo árbol que la da.
Dos parientes que tenemos
Todos los hijos de Adán,
Y dos signos, de los doce
Que pasa el curso solar.
La mujer por quien España
Se perdió diez siglos há,
Y la nacion que nos vino
Por su causa á dominar.
Dos animales que al hombre
Son de mucha utilidad,
Y otro, cuya grande astucia
Nos fué tan perjudicial.
Aquello por donde todos
Empiezan á delectar,
Y el estudio en que se aprende
Desde la latinidad.
Lo que antes de una comedia
Se suele representar,
Y el salto que el bailarín
Da con arte y á compas.
Cierta líquido ingrediente
Que se usa para pintar,
Y lo que dan los cristianos
Al que agonizando está.
Un famoso rey de Persia,
El cual viajó sin cesar,
Y un ídolo que adoraron
Los del pueblo de Judá.
Un divertido ejercicio,
Que hace sudar á los más,

Y aquel efecto del fuego
Que tambien hace sudar.
Una parte de la boca;
Y una cosa, sin la cual,
Aunque coma, beba y duerma,
Nadie se puede pasar.
Una ciudad extremeña,
Donde hay silla episcopal,
Y otra del reino de Murcia
Dor de un canal se abrirá.
Un ducado que en España
Tiene gran fama y caudal,
Y una provincia de Grecia
Que hoy sujeta al turo está.
La piedra á quien se comparan
Los labios de una beldad,
Y la fiera que dió á Remo
Y Rómulo de mamar.
El borrico á quien Cervantes
Ha dado fama inmortal,
Y aquel célebre caballo
De Rui Diaz de Vivar.
Una estrella cuyo brillo
Excede al de las demas,
Y el lugar adonde sólo
Los predestinados van.
El gremio de sacerdotes
Secular ó regular,
Y el paraje donde canta
Toda una comunidad.
Una gran punta de tierra
Que se avista desde el mar,
Y la arenosa llanura
Que inmediata al mar está.
La porcion de agua que él suele
Amontonar y agitar;
Un viento fresco apacible,
Y cierta moneda usual.
Una embarcacion pequeña
Acabada en O á en A,
Y aquel betun que en las navas
Sirve mucho y huele mal.
Un nombre bien conocido
Que á Dios los árabes dan,
Y el del justo á quien la vida
Quitó Caín sin piedad.
Lo que hay á orilla de un pozo
En figura circular,
Y lo que en cualquier cedazo
En circulo tambien hay.
Un número que no es nada
Si despues de otro no está,
Y dos voces de á dos letras
Precisas para solfear.
Un amigo que aunque calla
Útiles avisos da,
Y el puesto en que él se está quieto
Si no lo van á buscar.
Un peso que consta de onzas;
Un horno para la cal;
Y el violin que los pastores
Saben á veces rascar.
Una madera preciosa
Más que el cedro y el nogal,
Y el instrumento que deben
Los grabadores usar.
Un accidente preciso
Que en todas las cosas hay,
Pero tal, que un hombre ciego

No lo entenderá jama.
Lo que se viste un lacayo;
Lo más útil de un panal;
Y, en fin, el color de pelo
Que á Febo adorna la faz.
Aunque más decir pudiera,
No quiero decirte más,
Lector: que, si no eres lerdo,
Basta de señales ya.

SOLUCION DEL LOGOGRIFO ALBARICOQUE,

DE CUYAS LETRAS, COMBINADAS,
SE COMPONEN LAS PALABRAS SIGUIENTES:

Alba	Cuero	Acuario	Clero
Ala	Roca	Caba	Coro
Eurico	Cara	Arabe	Cabo
Alarico	Criba	Bnei	Ribera
Bola	Ara	Cabra	Ola
Roque	Oblea	Culebra	Aura
Albaro	Lacra	Abece	Real
Boria	Cola	Anla	Barco
Rabo	Beca	Loa	Barca
Coral	Boca	Cabriola	Brea
Cebo	Oca	Olio	Alá
Bala	Abril	Oleo	Abel
Rueca	Cólera	Ciro	Brocal
Abarca	Alcoba	Baal	Aro
Culo	Cebra	Balle	Cero
Recua	Bala	Cafor	Re
Lira	Clara	Labio	La
Obra	Cairo	Aire	Libro
Báculo	Urca	Coria	Librería
Arco	Ebro	Lorca	Libra
Locura	Cobre	Alba	Calera
Rabia	Acero	Beocia	Rabel
Eco	Río	Rubi	Caoba
Ira	Roble	Loba	Buril
Baco	Ciruela	Rucio	Color
Cuba	Ciruelo	Babieca	Librea
Aloque	Abuela	Lucero	Cera
Curra	Abuelo	Cielo	Rubio
Bari	Libra		

LA BARCA DE SIMON (1).

Tuvo Simon una barca
No más que de pescador,
Y no más que como barca
A sus hijos la dejó.
Mas ellos tanto pescaron
É hicieron tanto doblon,
Que ya tuvieron á menos
No mandar buque mayor.
La barca pasó á jabeque,
Luégo á fragata pasó;
De aquí á navío de guerra,
Y asustó con su cañon.
Mas ya roto y viejo el casco,
De tormentas que sufrió,
Se va pudriendo en el puerto;
¡Lo que va de ayer á hoy!
Mil veces lo han carenado,
Y al cabo será mejor
Desecharle, y contentarnos
Con la barca de Simon.

(1) Este apólogo no fué incluido en la coleccion de las *Obras de don Tomas de Iriarte* (1805). Diéronle á luz los señores Mendibil y Silvela en su *Biblioteca Selecta* (Burdeos, 1819).

DON JUAN MELENDEZ VALDÉS.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS Y JUICIOS CRÍTICOS.

ADVERTENCIA.

La vida de MELENDEZ, escrita con tanta exactitud como elegancia por don Manuel José Quintana, fué ya publicada, entre las obras de este ilustre escritor, en el tomo XIX de la BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES.

Nos limitamos, pues, ahora á reproducir aqui algunos juicios críticos y datos biográficos, los cuales completan el estudio que en el *Bosquejo histórico crítico* hemos hecho del poeta más esclarecido del reinado de Carlos III.

DE DON ANTONIO ALCALÁ GALIANO.

Pocos poetas españoles han igualado, y poquísimos han excedido en fama á DON JUAN MELENDEZ VALDÉS, padre ó príncipe de la poesía castellana, restaurada á fines del siglo XVIII; bien que su nombre más celebridad y crédito ha tenido entre los propios que entre los extraños, habiendo florecido eabalmente cuando, decaída nuestra patria en poder y gloria, nuestra literatura apenas era conocida fuera de los ámbitos de España. Y aun en su misma tierra fué remontándose con lento vuelo MELENDEZ al superior concepto de que por algun tiempo disfrutó cuando sus discípulos consiguieron predominar en el campo de la poesía y en el de la crítica juntamente. Al cabo llegó á ser estimado en más que su valor verdadero, si bien su valor no era corto. Así fué que al haberse arrojado algun crítico, en días de nosotros no muy distantes, á dar un fallo sobre el mérito de sus obras, en el cual no las ensalzaba á bulto y con exceso, ni tampoco las deprimía, intentando, con seguir un término medio, quilatarlas y tasarlas, y poniéndolas entre las primeras de valor mediano y no más, causó escándalo y hasta indignacion tanto atrevimiento.

Al cabo, rota la valla, se entró en el campo de la disputa, al cual, por desgracia, se echaron los contendientes, llevando uno de ellos, opuesta á la bandera de MELENDEZ la de Moratin, el hijo, en quien, como lírico, únicamente es de aplaudir lo correcto del estilo y dición, no siendo por esto de extrañar lo que acaeció, y fué quedar por los melendiztas la victoria.

Los escritores del día presente suelen ignorar lo que pasaba cuando vivían sus padres, aunque algo, y tal vez mucho, sepan de los sucesos de épocas muy anteriores. Raros son quienes hoy leen las poesías de MELENDEZ; más escaso es todavía el número de los que saben de la crítica literaria segun era en España en los últimos años del siglo próximo pasado ó en los primeros de este décimonono. Por eso vendrá bien aquí decir unas pocas palabras sobre los juicios críticos hechos entónces del mérito de MELENDEZ. Este, en sus primeras contiendas literarias, tuvo por rival, entre otros, á don Tomas de Iriarte. Le venció, como es de suponer, y no supone mucho en honra del vencedor su victoria, siendo Iriarte uno de los escritores, aunque más correctos, más frios de cuantos en diversas edades y tierras han ejercitado su ingenio y manejo de la pluma, y hasta por su prosa en extremo desmayado. Pero el vencido era hombre de no pocas letras, y escribió para probar que el triunfo le había sido arrebatado con injusticia, lo cual

no consiguió; pero, sí, demostró que en las obras de MELENDEZ había faltas de exactitud en el lenguaje é ideas, y juntamente con afectación de arcaísmo, graves pecados contra la pureza de la dicción castellana.

No obstante haber sido las dos primeras victorias importantes alcanzadas por MELENDEZ el predominio dado por la Real Academia Española á su égloga intitulada *Batilo* y los aplausos tributados á su oda *À las Artes*, leída en la Real Academia de San Fernando, todavía, al salir á luz sus obras, los versos suyos que más se captaron la aprobación universal fueron los cortos. Por sus anacreónticas le alabó el abate Andrés, cuya obra gozaba de grande aceptación en aquel tiempo; por las mismas, y por sus letrillas y romances, le alababa el vulgo de lectores. Por sus versos cortos, asimismo, le celebró, si bien con frialdad y restricciones y mala voluntad evidente, el mal traductor del *Curso de Literatura* de Batteux, en los malos apéndices cosidos á su versión; pero es de notar que el tal traductor, pobre crítico por cierto, andaba entónces entre los desafectos á MELENDEZ, aborreciendo en él, más que á su persona, á las de ciertos prohombres de su escuela, señaladamente á Cienfuegos y Quintana.

Al revés el traductor de Blair, apandillado con éstos como traductor, si bien no tan malo cuanto era el de Batteux, malísimo también, pero superiorísimo á él como crítico, aunque de la escuela clásico-francesa de su tiempo, prefirió en las poesías de MELENDEZ los versos largos á los cortos, y á todas las odas, la aquí citada, hecha en honra y loor de las nobles artes, y asimismo otra donde es celebrado el poeta Cadalso con el nombre de Dalmiro. Y de las anacreónticas del poeta de quien hablamos, dice en otra ocasión el mismo crítico, no sin acierto, que más tienen de pastoriles que del género de poesía cuyo nombre llevan, si en vez de llamar anacreóntica á toda obrita compuesta en el metro usado por el poeta griego (1) ó por sus traductores al castellano, se da la calificación de tal á composiciones conformes en su alma y tono á los cantos de Anacreonte mismo.

Cuando hablamos de juicios hechos del mérito poético de MELENDEZ, bien estará añadir, aunque haciéndolo se incurra en el pecado de digresión, que *Sismondí*, si elogia á este poeta, le califica poniéndolo junto con García de la Huerta y otros de mérito mediano. Algo mejor le trata Boutherweck, pero tampoco le da altos elogios, siendo natural que así hiciese quien, como casi todos los alemanes, sus paisanos, de nuestras poesías sólo conocen ó sólo celebran las antiguas, y de ellas lo que va más desviado de las estrechas reglas del clasicismo francés ó moderno.

Pero los apasionados á MELENDEZ por algun tiempo anduvieron como locos, dando rienda suelta á su pasión, en términos de poner á su poeta adorado sobre todos cuantos en cualquier tiempo compusieron ó han compuesto versos en la lengua castellana. Quién afirmaba ser él más pulido, limado y correcto en la versificación que nuestros buenos poetas del siglo XVI ó del siguiente. Quién declaraba sus romances superiores á los de Góngora y Lope, y de otros contemporáneos ó predecesores, iguales á aquéllos en mérito, si no en nombradía. Quién le calificaba de poeta descriptivo en su género igual á los primeros del mundo todo. Y mezclando y confundiendo especies, se alababa en el restaurador de nuestra poesía, ó fundador de una escuela nueva en ella, el valor relativo revuelto con el absoluto, atendiendo á lo que se componía cuando él empezó á versificar, y sacando á plaza dislates de su mocedad primera, para contraponerlos á sus aciertos posteriores, y dar así á estos últimos mayor realce.

Lo que antecede se ha dicho de MELENDEZ. Ahora entra que el escritor de estos renglones dé sobre el mismo punto su parecer, sin pretender disculparse de la tacha de atrevido, ni dar á su juicio un precio superior al que le corresponde.

MELENDEZ no es de aquellos ingenios de primer orden, cuyo entendimiento y estro poético analizados dan por producto el descubrimiento de cierto carácter peculiar y distinto, como su-

(1) Sabido es que casi todos los versos de Anacreonte son heptasilabos. Así han acertado los traductores españoles al acercarse en sus versiones á la medida del original. Así el

Thèto de Cadmon ádein
se expresa bien en
Quiero cantar de Cadmo

ó el
Physis kerata táurois,
Natura al toro cuernos.
Véase la traducción de don José del Castillo y Ayensa, en nuestro sentir superior á todas, donde, sin embargo, hay versos de más y menos de siete sílabas.

cede, no sólo á un Homero, á un Dante, á un Cervantes, á un Shakspeare; no sólo á ingenios inferiores á éstos, aunque altos, y más imitadores, como un Virgilio, un Tasso, un Milton, un Racine, sino hasta á autores de obras más ligeras, como un fray Luis de Leon ó un Garcilaso. El poeta moderno español cuyo mérito intenta este artículo calificar, es en sus ideas común, aunque no de mal gusto; mero imitador, aunque acertado y de bríos; en suma, versificador de pensamientos, aunque no extravagantes, ordinarios. Sensibilidad tiene, sin duda, pero no profunda, y en gran parte nacida de la lectura, y como tal, algo pueril, algo violenta y con trazas de algo afectada. Sus campos huelen á la ciudad, y bien se ve ser sus pastores todos al modo de un don Gaspar de Jovellanos, disfrazado por el poeta, no obstante sus rizos y su toga, con el traje y nombre de mayoral Jovino (1). Aun cuando haya algo campestre en él, aunque se haya dicho con razón de una égloga suya que olía á tomillo, el tomillo parecía (si se nos permite esta expresión) como puesto ya en búcaro y cogido por mano ajena. *Batilo*, la mejor de sus églogas, es una repetición en versos lindos, fáciles por demás, fluidos, sonoros, de pensamientos comunes todos, y algunos de ellos falsos, sacados de las poesías bucólicas de todas las naciones y edades. Comparada esta composición con el diálogo en versos duros y flojos, hecho por Iriarte en competencia y con igual título, parece un prodigio; porque en aquella, si no hay poesía de invención, la hay de estilo, y ésa buena, y en estotro no hay poesía de clase alguna. Pero aunque la buena poesía de invención mal expresada valga poco, no vale mucho la feliz expresión de lugares comunes.

Las anacreónticas de MELENDEZ tienen bastantes perfecciones y primores. Sus cadencias deleitan, su facilidad asombra y satisface. Son, en verdad, ó repeticiones de pensamientos contenidos, ya en las odas de Horacio, ya en las églogas de varios poetas, ó ideas del autor comunes y vagas. Y por cierto, refiriéndonos al juicio inserto en la traducción de Blair, aquí ya antes citado, dirémos que nada dista más de lo anacreóntico que lo pastoril. Si bien se mira lo que era Anacreonte, se ve haber sido por excelencia el poeta de la vida de las ciudades, de los convites, del regalo, de los amores sensuales y varios, de cuanto se aleja de la sencilla vida y puras costumbres campestres, y corresponde á un estado de sociedad adelantado, lujoso, muelle, corrompido. Si no recomienda el exceso, recomienda la gula y el vicio, y se deduce de su doctrina que hasta la templanza es un modo más exquisito de aprovechar el deleite. Á gozar, ó á lo ménos á sentir, y á cantar la hermosura de la naturaleza en los campos, y las sencillas y rústicas pasiones de quienes allí moran (en la primera de las cuales cosas, si algo se regala el cuerpo, se recrea y deleita algo más el alma), no era muy aficionado el poeta de Teos, si por sus obras ha de juzgarse. Como cantor de la sensualidad, disfrutaba en el lujo de los palacios; Horacio es, de todos los poetas, el que más se le asemeja. MELENDEZ, si alguna vez copia ó remeda los acentos de éstos, mezcla con las imitaciones otras pastoriles. Era, en verdad, el poeta español moderno bucólico por excelencia, siéndolo por afición, y por afición á las églogas más que á los mismos campos; pero era bucólico al gusto de su tiempo. Así son todos los hombres, todos, hasta los superiores; pero éstos, si por un lado obedecen á su siglo, por otro le dominan, se le adelantan, llegan á guiarle, y nuestro poeta de fines del siglo décimo-octavo y principios del décimo-nono, aunque fuese para mucho, no era para tanto. Florecía cuando cantaban y eran admirados Metastasio, Delille y Gesner, poetas desiguales en mérito, siendo el del primeramente citado muy superior al del segundo, y el de éste al del tercero; pero poetas entre los cuales hay alguna semejanza. Del primero tradujo algo, y en verdad con poco acierto; al tercero imitó más de una vez, igualándole ó excediéndole; del segundo nada tomó en particular, pero en general se le acercó mucho en el gusto, describiendo, como él, en demasía, y más que él, vagamente.

En los romances MELENDEZ es muy aventajado. Sus versos en ellos parece como que nacen con facilidad, y sin duda corren con fluidez, y como dulces y sonoros, deleitan sobremanera el oído. Sus imágenes son lindas, aunque comunes. Sus símiles son copiosos, aunque no siempre propios. En nervio de expresión y en el arte de describir sin muchos epítetos con claridad, de tal

(1) Bien es cierto que cometieron el mismo pecado buenos poetas antiguos, así de España como de otras naciones. El severo Duque de Alba es el pastor Albano en varias poesías castellanas anti-

guas. Pero esto nunca fué de buen gusto poético, y en el tiempo de MELENDEZ era peor, porque sobre lo malo suyo propio traía el inconveniente de lo gastado.

modo que un pintor puede sacar un cuadro con seguir al poeta, así como también en expresar los afectos sin palabrería se queda atrás de los grandes poetas castellanos antiguos, que en este género hicieron tantas y tan preciosas composiciones. Sin duda es graciosa pintura la que sale del

Celebrarán nuestra gloria
Las avejillas cantando,
Murmurando el arroyuelo
Y balando los ganados.

Pero, en nuestro sentir, son pinturas de valor artístico harto más subido las conocidas de:

Amarrado al duro banco
De una galera turquesca,
Ambas manos en el remo
Y ambos ojos en la tierra,
Un forzado de Dragut,
En la playa de Marbella,
Se quejaba al ronco són
Del remo y de la cadena.

Y

Batiéndole las ijadas
Con los duros acicates,
Y las riendas algo flojas,
Porque corra y no se pare,
En una yegua tordilla,
Que tras de sí deja al aire,
Por la plaza de Molina
Entra diciendo al alcaide:
«¡Al arma capitanes», etc.

En las odas en verso largo MELENDEZ peca por palabrero. En ellas diserta á veces, y no mal; imita con frecuencia, y muy bien; se muestra feliz en la expresión, y pobre, y más que pobre poco poeta, en los pensamientos. Sin duda en su oda *A las Artes* hay calor á veces, descripciones hechas con exactitud y valentía, y cierto sentir vivamente el efecto de la belleza de algunas obras del arte; sentir que se descubre, con mucha honra del autor, en la expresión, pues lo bien sentido rara vez deja de salir bien expresado. No así la oda *A Dalmiro*, elogiada por el comúnmente descontentadizo crítico en la traducción de Blair, el cual, en el caso de que hablamos, peca, y gravemente, por el lado de la benignidad. Porque, cierto, al decir el poeta:

Mas ¿qué furor sagrado dentro el pecho
Se entró sin ser sentido,
Y en sobrehumano fuego me ha encendido?
Ya el orbe entero me parece estrecho,
Y mi voz más robusta
Al número del verso no se ajusta,

y al compararse con el sacerdote del dios de Delo, y contarnos que tiembla y siente furor, se ve que MELENDEZ finge, y finge mal, y buscando la sublimidad, tropieza con la ridiculez, porque semejante furia, sobre no ser verdadera, no vendría á cuento, ni lleva al autor á salirse del verso, pues sigue arreglándolos en estrofas regulares, y además porque para celebrar al estimable Cالدالو no podía un hombre de seso hacer tales extremos y locuras.

No hablemos, juzgando á MELENDEZ, de *La caída de Luzbel*, donde tan buen versificador no acertó siquiera á redondear las octavas (1). No digamos cosa alguna de *Las Bodas de Camacho*, de la cual obra, criticándola, remedó tan bien Iriarte el estilo en su soneto que empieza:

¡Ay *Bodas de Camacho*, ay sin ventura,
Y misera y mezquina y malhadada
Fábula pastoril! ¡Ay me, cuitada,
Llena de languidez y de tristura;

y de la que con no ménos verdad afirmó, aludiendo á haber sido premiada entre otras en competencia por juicio de sujetos imparciales, según ofreció la *Gaceta*, al proponer el certámen y ofrecer el premio,

Patio, aposentos, gradas y luneta,
Esos sí que son jueces imparciales,
Y no los que ofrecía la *Gaceta*.

(1) Decía un buen crítico, de las octavas de *La caída de Luzbel*, que tenían esquinas ó picos, en vez de ser redondas. En efecto, á las tales octavas falta el no sé qué, el són particular que cada forma de versificación tiene.

Pero no insistimos en las faltas de estas composiciones, en las que no estriba la fama del autor, y faltas por otra parte confesadas por los lectores y críticos todos.

Nuestro intento, como va dicho, no es tratar á MELENDEZ como á enemigo, cobándonos en su fama. Hemos, sí, querido dar á notar sus lunares al lado de sus perfecciones, procurando á un tiempo bajarle del alto lugar donde, en nuestro concepto, no merece estar colocado, y ponerle en otro, donde, visto por diferentes aspectos, todavía sea apreciado por su mérito no escaso, así absoluto como relativo.

Este último es grande. Cuando empezó MELENDEZ á componer era, en lo general, pésimo el gusto reinante en nuestra literatura, al cual pagó él mismo tributo en unas coplas hechas en su mocedad á un religioso que había lucido en unas conclusiones. Basta citar el primer verso de las tales coplas, el cual era:

Reverendísimo asombro,

para venir en conocimiento de lo que valian la composición y el autor. Bien es verdad que con MELENDEZ mozo coexistieron versificadores y aun poetas en quienes, si no abundaba el mérito poético, no faltaba corrección en el gusto. Escribía entonces Iriarte, igualmente falto de perfecciones y defectos de bulto. Escribía fray Diego González en purísima dición, correcto estilo, y versos por lo común fáciles y dulces, pero sin invención ni bríos; remedando asombrosamente á fray Luis de León, pero copiando sólo las formas, sin empaparse en el espíritu de tan gran modelo. Escribía García de la Huerta, remedando á Góngora y á los sectarios de éste, pero quedándose corto en la imitación así de los primos como de las extravagancias. Escribía Moratin, el padre, con más dotes de poeta que los demás escritores aquí recién mencionados. Escribía, al fin, Jovellanos, en sus dos sátiras gran poeta, en sus demás obras en verso, frío y hasta flojo.

Á todos eclipsó MELENDEZ, porque tenía más fuego, aun para imitar, que otro alguno de sus contemporáneos; porque tenía más valentía, si no más corrección en el estilo, que cualquiera de ellos; porque á los mejores excedía en facilidad y abundancia. Era su gusto el llamado clásico de su tiempo; una imitación de tercera mano, mezclándose con ciertas ideas filosóficas, á la sazón dominantes, que si por una parte animaban, y renovaban, por otra, en grado mucho mayor, viciaban la poesía. Había en MELENDEZ, para repetir ideas ajenas ó inventar las comunes, inteligencia del gusto de su tiempo, y la dosis suficiente de imaginación y fuego para tomar de otros el espíritu más que las formas. De éstas tomó algunas á la poesía antigua castellana; pero no las tomó, como González, remedando puntualmente, sino á un modo particular suyo, amalgamando lo copiado con algo nuevo, y asimilándolo á su propio ingenio y fantasía.

Así, no sólo sirvió MELENDEZ cuanto servir cabía á la causa de la buena poesía en su patria, adquiriendo justo tanto cuanto distinguido concepto entre sus contemporáneos, y siendo reputado el príncipe de ellos, sino que se granjeó un asiento preferente entre los líricos de segundo orden.

Poseía la gran dote de la expresión, alta donde quiera, más alta que para otras gentes, para los españoles, que con su lengua sonora y grandilocua están acostumbrados á estimar tanto cuanto la satisfacción del entendimiento, el regalo del oído. Por eso MELENDEZ, traducido, parece poco, y leído en castellano todavía gusta, deleita, si bien hasta por lo sobrado dulce empalaga. Con esto y su abundancia de imágenes y de palabras, y su ternura en los afectos, bien puede afirmarse que, no obstante carecer de invención y de valentía, y no obstante tener su sensibilidad mezcla de forzada, y aun de ser, sin él mismo conocerlo, falsa algunas veces, si MELENDEZ hubiese vivido en mejores tiempos, esto es, mucho antes ó algo después que vivió, habría sido superior á lo que vino á ser, imparcialmente juzgado.

Hoy (lo repetimos) es muy poco leído; pero ¿quién lo es en España, ahora, de cuantos no escriben en el día y para el día presente? Sin embargo, los principiantes de este nuestro tiempo, ya sean compositores, ya jueces de obras ajenas, ya intenten, como hacen muchos y han hecho otros con feliz fortuna, hermanar el talento de poetas con el juicio de críticos, deben leerle y hasta estudiarle. Más dirémos, y es que en algunos puntos es buen modelo, sobre todo para los autores de esta época, en la cual, si se versifica bien, suele haber gran descuido en lo tocante á la belleza y corrección de las formas; y si las de MELENDEZ distan mucho de ser perfectas, de toscas distan más todavía.

Al levantar la mano de este corto trabajo, escaso en valor, ocurre una idea á quien lo escribe, propenso por demás á escrúpulos y dudas.

Verdad es que tocando con mano osada á los ídolos, y más aún desnudándolos y examinándolos con prolijidad y notándoles sus imperfecciones, se acaba con la ilusión necesaria para el culto. Por eso habrá quien opine que en los renglones antecedentes el autor, si no adrede, por su poca maña, ha hecho cuanto cabe en lo posible para poner á MELENDEZ en descrédito sumo. Esta opinión, no siendo justa, puede no ser enteramente desacertada. Todos erramos, unos hablando ú obrando siempre como apasionados al elogiar ó vituperar, y otros queriendo ser en demasía imparciales, y logrando, en su manía y contra su propia voluntad, dejar vacilante la fe ajena, é ir ellos perdiendo cada vez más lo que les queda de propia.

DE DON LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.

(Fragmento del Juicio crítico de Quintana como poeta lírico.)

Entre los poetas líricos que había producido la especie de conmoción literaria del reinado de Carlos III, Quintana admiraba y veneraba por demas á MELENDEZ VALDÉS. No sólo aventajaba éste, á sus ojos, á los demas poetas de su tiempo, sino que le creía dotado de un estro de la más elevada y pura naturaleza. No titubeaba en afirmar que MELENDEZ «ha dejado muestras de alta magnificencia en la oda sublime (son sus propias palabras), y que sabe tomar alternativamente el tono de Pindaro, de Horacio, de Thompson y de Pope.»

Bien se ve que estas exageradas palabras están dictadas por la ternura del amigo y por el alucinamiento del discípulo. Quintana era tenaz en sus convicciones y en sus afectos; no sabía sentir á medias, y sus prevenciones, favorables ó adversas, se arraigaban en su alma con la fuerza de una pasión.

En el día la crítica es más exigente, y la opinión pública menos contentadiza. MELENDEZ es ménos leído de lo que en realidad merece serlo: nadie, con justicia, puede negarle delicadeza, flexibilidad, gracia, fluidez, propiedad descriptiva; pero es preciso estar inspirado por la afectuosa parcialidad de Quintana para encontrar en sus versos emoción, entusiasmo, vuelos de fantasía, energía de expresión; una sola de aquellas dotes esenciales y características que llevan involuntariamente el pensamiento hácia las odas triunfales de Pindaro.

La verdad es, no obstante, que MELENDEZ, sin la vehemencia de Cienfuegos ni el brioso y natural desembarazo de don Nicolás Fernandez de Moratín, era el mejor poeta de aquellos tiempos. Pero, á pesar de la condescendiente admiración que le profesaba Quintana, para éste no fué ni pudo ser modelo de su grandilocuencia, guía de su atrevido rumbo poético, y mucho ménos despertador de su númen altivo y vigoroso.

CASA DE MELENDEZ.

Hé aquí lo que dice de la morada de MELENDEZ, en Salamanca, su amigo y discípulo don José Somoza:

«Es muy singular y digno de la historia de la poesía que el dulce y anacreóntico MELENDEZ compusiese sus mejores versos en una casa de la estrecha calle de *Sordolodo*, en Salamanca; calle en que todos los vecinos eran herreros, cruzándose las chispas de las fraguas, y machacando día y noche veinte mazos. Tal era la campestre perspectiva y los melodiosos ecos de que gozaba el cuarto de estudio del amable poeta, que llamaba él *la caverna de los ciclopes*.»

CARTAS INÉDITAS DE MELENDEZ VALDES Á JOVELLANOS.

Nos complacemos en dar á la estampa varias cartas autógrafas de MELENDEZ, que, movido por su acendrado amor á las letras, tuvo la bondad de franquearnos el difunto Marqués de Pidal. Todas ellas están dirigidas á don Gaspar Melchor de Jovellanos, y fueron escritas en los primeros años de la vida literaria de su autor. En España ha habido por lo comun lamentable descuido en la conservación y publicación de las cartas familiares de los varones esclarecidos, sin atender á que en estas manifestaciones íntimas del alma suelen descubrirse los verdaderos impulsos morales que sirven de guía, de estímulo ó de estorbo al vuelo del entendimiento.

Las cartas que á continuación publicamos, no solamente ponen de manifiesto la razón de las tendencias poéticas de MELENDEZ y la honrosa amistad que le unía con Jovellanos, sino que dan asimismo clara idea de sus estudios y de la incertidumbre que por aquellos tiempos reinaba en las doctrinas literarias.

I.

Salamanca, y Agosto 3 de 1776.—Muy señor mio y de mi mayor veneración: Esperando de correo en correo la *Didáctica* (1) que V. S. me anuncia en su postrera carta, y queriendo yo, por otra parte, ofrecer á V. S. algo de mi cosecha que acreditase la estimación que hago de sus sabios avisos y la docilidad con que los ejecuto, me he ido deteniendo áun más que ya debiera en mi respuesta, casi olvidándome de demostrar á V. S. mi justo agradecimiento por los excesivos elogios con que se sirve honrarme; éstos son tales, que su misma grandeza me estorba, y la ignorancia mía se confunde entre ellos... Mas si no los admito por este término, los aprecio y apreciaré siempre como unas sencillas pruebas de la estimación que he merecido á V. S. El juicio de ese caballero (2) es tambien muy benigno. Mi segundo soneto sólo puede pasar por una mediana composición pastoril y nada más; pero, sea como fuere, este mismo juicio y esa misma suavidad en la crítica me ha hecho copiar la docena y media que acompaña á ésta, y que son todos los que hasta ahora he hecho, de donde espero, si no una igual censura (porque ésta no me está á mí bien), á lo ménos otra ménos apasionada, y que diciéndome dónde yerro y dónde no, me enseñe y me corrija con sus avisos. La materia de ellos toda es de amor, por las mismas causas que V. S. me insinúa en su última carta. El ejemplo de nuestros poetas, la blandura y delicadeza de sentimientos, la facilidad en expresarlos, mi edad y otras mil cosas, me hicieron seguir este rumbo, y si á V. S. le pareciere ménos grave ó digno de una tal persona, perdóneme, y discúlpeme mi buen afecto.

Excitado de lo que V. S. me dice, he emprendido algunos ensayos de la traducción de la inmortal *Iliada*, y ya ántes alguna vez había probado esto mismo; pero conocí siempre lo poco que puedo adelantar; porque, supuestas las escrupulosas reglas del traducir que dan el obispo Huet, y el abate Régnier en su disertación sobre Homero, y la dificultad en observarlas, el espíritu, la majestad y la magnificencia de las voces griegas dejan muy atrás cuanto podamos explicar en nuestro castellano, y por mucho que el más diestro en las dos lenguas y con las mejores disposiciones de traductor trabaje y sude, quedará muy lejos de la grandeza de la obra. Las voces griegas compuestas no se pueden explicar sino por un grande rodeo, y los patronímicos y epítetos frecuentes, y que allí tienen una imponderable grandeza, no sé si suenan bien en nuestro idioma. Esto hace que precisamente se ha de extender la traducción un tercio más que el original; como sucede á Gonzalo Pérez en su *Ulisea*, y esto le hará perder mucho de su grandeza. Yo en lo que he trabajado, que será hasta trescientos versos, procuró ceñirme cuanto puedo, y hasta ahora, con ser la versión sobrado literal, calculado el aumento de los versos exámetros con respecto á nuestra rima, apenas habrá el ligero exceso de veinte versos. Espero que en todo este mes y el siguiente tendré acabado el primer libro (aunque ahora todo soy de Heinecio y de Cujacio), y si V. S. gusta verlo, lo remitiré para entónces. En lo demas no tiene V. S. que esperar de mí nada bueno; los poemas épicos, físicos ó morales piden mucha edad, más estudio y muchísimo genio, y yo nada tengo de esto, ni podré tenerlo jamas.

Estoy aprendiendo la lengua inglesa, y con un ahínco y tesón indecible. La gramática de que me sirvo es la inglesa-francesa de M. Peyton; pero más que todo, me aprovecha el frecuente trato con dos irlandeses de este colegio, criados en Lóndres y que nada tienen del acento de Irlanda; ya traduzco alguna cosa y entiendo muy bien la pronunciaci6n y la algarabía de las letras. Dios quiera que algun día pueda entablar una correspondencia inglesa con V. S. y mostrar en mi adelantamiento la estimación que hago de sus avisos. Yo desde muy niño tuve á esta lengua y su literatura una inclinación excesiva, y uno de los primeros libros que me pusieron en la mano, y aprendí de memoria, fué el de un inglés doctísimo. Al *Ensayo sobre el entendimiento humano* (3) debo y deberé toda mi vida lo poco que sepa discurrir. Sirvase V. S. decirme los libros que más puedan aprovecharme, tanto poetas como de buena filosofía, derecho natural y política, pues en estos ramos de literatura he hecho y deseo hacer una buena parte de mi estudio.

Dé V. S. mil respetos de mi parte á este caballero que tanto me favorece con sus censuras, por no decir elogios, mientras yo ruego á Dios guarde la vida de V. S. los muchos años que deseo.—B. L. M. de V. S. su seguro servidor y afectísimo amigo, JUAN MELENDEZ VALDÉS.

(1) Esta *Didáctica* es la epístola de Jovellanos publicada en sus obras con este epigrafe: *Jovino á sus amigos de Salamanca*.

(2) Don Cándido María Trigueros.

(3) De Locke.